



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

“Wo Es war, soll Ich werden”: lecturas de un aforismo de fin de análisis.

Trabajo Final de Grado

2 de mayo de 2015

Autor:

Santiago Andrés Navarro Denis

C.I.: 4.431.901-7

Tutora: Prof. Agda. Dra. Ana Hounie.

Revisora: Prof. Agda. Dra. Andrea Bielli.

Resumen

Sigmund Freud, en las últimas líneas de la 31ª de sus Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis (1933), dejó escrito: “Wo Es war, soll Ich werden” (p. 234). La frase fue tomada por los que siguieron a Freud en la tarea de repensar el psicoanálisis, leyendo en ella un decir sobre su fin. La frase fue leída, releída e interpretada a tal punto, que constituye hoy un aforismo de fin de análisis. Un supuesto atraviesa este trabajo: los aforismos tienen un peso diferencial en la transmisión de psicoanálisis. Poner en tensión sus diferentes lecturas es un paso posible para prevenir el dogma, y es la estrategia que aquí se elige.

Este trabajo se dedica a explorar las condiciones de su primera enunciación y a poner en tensión diferentes lecturas e interpretaciones que luego surgieron. Los autores elegidos son: Michael Balint, Heinz Hartmann, Jacques Lacan y Cornelius Castoriadis. Finalmente, a partir de un posicionamiento de Jean Allouch, se realizan unas consideraciones finales.

*“Buscar una cosa
es siempre encontrar otra.
Así, para hallar algo,
hay que buscar lo que no es.*

*Buscar al pájaro para encontrar a la rosa,
buscar el amor para hallar el exilio,
buscar la nada para descubrir un hombre,
ir hacia atrás para ir hacia adelante.*

*La clave del camino,
más que en sus bifurcaciones,
su sospechoso comienzo
o su dudoso final,
está en el cáustico humor
de su doble sentido.*

*Siempre se llega,
pero a otra parte.*

*Todo pasa.
Pero a la inversa.”
Roberto Juarroz (1993, p. 344)*

Índice

<u>Introducción.</u>	<u>3</u>
<u>El fin de análisis como tópico en psicoanálisis.</u>	<u>4</u>
<u>El aforismo: un buque para navegar en las aguas del fin de análisis.</u>	<u>9</u>
<u>Palabra de Freud: “Wo Es war, soll Ich werden” (1933/1934, p. 234)</u>	<u>12</u>
<u>Michael Balint: una lectura postfreudiana.</u>	<u>15</u>
<u>Egopsychology: una cuestión de territorio.</u>	<u>19</u>
<u>Hacer lugar al sujeto.</u>	<u>24</u>
<u>Castoriadis: otra relación con el Otro.</u>	<u>31</u>
<u>Consideraciones finales.</u>	<u>33</u>
<u>Referencias bibliográficas.</u>	<u>38</u>

Introducción.

Podríamos empezar escribiendo: 'el fin de análisis es un tema interminable'. Si nos enfrentásemos a un texto que comenzase con una sentencia así, sabríamos que está tomando un posicionamiento. En el plano del sentido el autor nos estaría diciendo que el fin de análisis, como tópico, es inagotable; que no hay ni puede haber definición ni revés magistral que ponga la última palabra, la definitiva. Pero hay también una postura menos visible que podemos descubrir en el plano de la forma, que aquí nos va a interesar más: 'el fin de análisis es un tema interminable'.

Por su estructura sintáctica, por ese verbo pretencioso y sus aires de ontología, por estar en el comienzo del texto, nos estaría diciendo que una sentencia de esa naturaleza sería válida para abordar una noción, en este caso la de fin de análisis. La tomamos aquí como ejemplo: no nos interesa el plano del sentido. Es claro que allí no tiene ningún brillo especial, ni dice nada novedoso, ni ha sido dicha por ningún autor de referencia: 'el fin de análisis es un tema interminable'.

Lo que nos interesa es que frases de esta naturaleza suelen ser repetidas innumerables veces antes de que a alguien se le ocurra cuestionarlas: ¿es el fin de análisis es un tema interminable? ¿el fin de análisis es un tema, o una noción? ¿O una experiencia?

Aquí se elige un modo de aproximación a la noción de fin de análisis que tiene su justificación en un posicionamiento respecto a la transmisión del psicoanálisis. Por la naturaleza misma de la materialidad con la que se trabaja en la experiencia de la clínica psicoanalítica, en la que la palabra hace huella, marca. El fin de análisis es un tópico trillado, principalmente en ciertos ámbitos del psicoanálisis lacaniano, donde parece constituir un conocido y por momentos aburrido lugar común.

Sobre fin de análisis hay conferencias, revistas, libros, seminarios: bibliotecas. Pero hay pasajes, grandes frases de grandes maestros que tienen un peso diferencial en la transmisión del psicoanálisis, constituyendo verdaderos aforismos en el discurso psicoanalítico. Aforismos que hacen huella en todo aspirante a psicoanalista. Grandes frases y grandes maestros, que no lo serían sin un lector que se posiciona en el lugar de alumno, que se deslumbra ante las palabras. Que se deslumbra, y tal vez se encandila.

Pero un aprendiz de psicoanalista encandilado no puede mirar, ni escuchar. Y si no quiere resignarse a cerrar los ojos, sólo puede dar la espalda y mirar su propia sombra, proyectada por esa única luz inmóvil, dogmática.

Éste trabajo se escribe pensando en un lector estudiante de psicología que habiendo pasado por la lectura de algunos textos de psicoanálisis, tiene cierta curiosidad por los diferentes posicionamientos que ha habido, de Freud hasta ahora, en torno al fin de análisis. Escribo para el estudiante de grado que fui y que -al menos en los papeles- voy dejando de ser en el momento en que entrego este trabajo. Tranquilidad, lector: este párrafo no da comienzo a la catarata autorreferencial: me limito a explicitar un aspecto del lugar desde donde escribo. El aforismo alrededor del cual gira este trabajo, “Wo Es war, soll Ich werden”, (Freud, 1933/1934, p. 234) ha hecho huella en mí, en mi trayecto formativo. Esto no sería suficiente. Lo tomo porque ha hecho huella en el psicoanálisis, en su imaginario.

Recurriré para la escritura, a veces, a autores que no son los canónicos, o a textos que no son los que las diferentes tradiciones han establecido como lo ortodoxo. Mi objetivo con esto no es abogar por el establecimiento de otra ortodoxia, y tampoco esquivar fóbicamente el canon: citaré los pasajes, las formulaciones de los problemas que me más inviten a pensar, a abrir sentidos.

Hasta hoy en psicoanálisis me han invitado a pensar, fundamentalmente, Freud y Lacan. Pero apenas escribo ésto debo decir: este trabajo es para mí un intento de convocar a la ronda a otros autores.

El fin de análisis como tópico en psicoanálisis.

La materia de este trabajo es el fin de análisis, o mejor, lo que de la experiencia del fin de análisis se ha escrito. Vamos a inmiscuirnos entre esos escritos. Haremos un breve recorrido por algunos pasajes de Freud. No haremos un rastreo de todos los pasajes: este trabajo (y menos esta sección) no tiene un espíritu de intentar la completud. Tomaremos para introducirnos únicamente los pasajes que aporten al objetivo de ir diferenciando los planos que el fin de análisis como tópico, condensa. Estos planos serán, luego, los que guiarán la escritura.

Hay varios lugares en la obra de Freud en que el tema se trata, y en cada uno se iluminan diferentes aspectos. En varios textos lo trata lateralmente, como comentario, como nota al pie. Ya desde 1900 en La interpretación de los sueños (Freud, 1900/1986), en uno de esos fragmentos en los que Freud se aparta del tema central del libro, da una

fórmula sobre el camino que debe recorrer el análisis: “la psicoterapia no puede emprender otro camino que el de someter el lcc al imperio del Prcc.” (1900/1986, p. 562)

Pero empezamos por el lugar en el que el tema es abordado más directamente, en el otro extremo de sus obras completas. El texto en el que podemos imaginar a Freud sentado frente a su escritorio enfocándose en el final de análisis -como nos estamos enfocando nosotros, lector; el menos eludible: Análisis terminable e interminable (Freud, 1937/1986). Es un texto escrito en 1937. Allí tenemos a Sigmund Freud al final de su vida, escribiendo sobre finales.

La mayor parte del texto es una enumeración y elucidación de los obstáculos con que se enfrenta el tratamiento psicoanalítico para llegar a un final. A los efectos de introducirnos en el tema, no expondremos todo el desarrollo sobre los obstáculos, ya que el texto está disponible y no necesita pedagogos que lo simplifiquen.

Para introducirnos utilizaremos como cuña dos preguntas que se plantea Freud en la segunda sección de este texto. Allí se interroga “si existe un término natural para cada análisis, [y] si en general es posible llevar un análisis a un término tal.” (Freud, 1937/1986, p.222) Estas preguntas parecen surgir en Freud a partir del uso que se hace de la palabra ‘final’ en los analistas de la época:

El uso lingüístico de los analistas parece propiciar ese supuesto, pues a menudo se oye manifestar, a modo de lamento o disculpa, sobre una criatura humana cuya imperfección se discierne: ‘su análisis no fue terminado’, o ‘no fue analizado hasta el final’. (Freud, 1937/1986, p.222)

En la primera pregunta, se plantea si existe un término natural. Aquí las tres palabras -que también en alemán son tres “ein natürliches Ende” (Freud, 1937, p. 212), son imprescindibles para entender de qué se trata. No es lo mismo preguntarse si los finales de análisis son naturales, que preguntarse si existe un final (único) natural. Si existiera uno y natural, pueden existir otros finales no naturales. Natural, aquí, parece referirse a la validez científica de ese final. Un final natural, puede leerse aquí como *un final que sigue las leyes de la ciencia de la naturaleza*. Aquí está en juego el ideal científico de época, que nunca deja de estar presente en Freud, aunque con significativos y admirables vaivenes. Es entonces, para Freud, preguntarse si hay un final que hay que alcanzar, un final ideal, *un final deseable*.

En la segunda pregunta, al preguntarse si es realizable el alcanzar tal término por las vías del análisis, nos dice: “La pregunta es si mediante el análisis se podría alcanzar un nivel de normalidad psíquica absoluta, al cual pudiera atribuirse además la capacidad para mantenerse estable.” (Freud, 1937/1986, p. 223).

Freud hablando de “normalidad psíquica absoluta” (1937/1986, p. 223). Uno esperaría que fuera una cuestión irónica; una imagen construida para atrapar al lector, de las que suele usar, para luego desarmarla y llegar a lugares inesperados. Pero no. En este texto se lee una especie de desazón de Freud, podríamos decir una queja ante la dificultad de llevar a los pacientes a este punto de normalidad estable. La preocupación por lo normal o lo fuera de la norma va a atravesar las ocho secciones en que Freud se ocupa de las terminaciones del análisis.

Dejemos por ahora, aquí, dos citas de la sección siete, que parecen posicionar una tensión en el plano de la normalidad. La primera trata sobre la necesidad del análisis propio de analista para poder sostener el lugar de psicoanalista.

tiene su buen sentido que al analista se le exija, como parte de su prueba de aptitud, una medida más alta de normalidad y de corrección anímicas; y a esto se suma que necesita de alguna superioridad para servir al paciente como modelo en ciertas situaciones analíticas, y como maestro en otras. Por último no se olvide que el vínculo analítico se funda en el amor por la verdad, es decir, en el reconocimiento de la realidad objetiva, y excluye toda ilusión y todo engaño. (Freud, 1937/1986, p. 249)

La segunda cita la encontramos dando vuelta la página, hablando ya de la normalidad del otro, del que se acuesta en el diván:

Uno no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades humanas en favor de una normalidad esquemática, ni demandará que los analizados a fondo no registren pasiones ni puedan desarrollar conflictos internos de ninguna índole. El análisis debe crear las condiciones psicológicas más favorables para las funciones del yo; con ello quedaría tramitada su tarea. (Freud, 1937/1986, p. 251)

Por un lado el analista modelo, normal, el analista educador. En otro, el que reconoce un límite, que llama esquemática a la normalidad, que no le demanda al otro la

reducción de sus pasiones. Si el analista debe o no ser un modelo, si sabe (y determina) o no qué es lo normal: he aquí dos modelos de psicoanálisis. Será un plano a tener en cuenta al leer las diferentes interpretaciones que se han hecho del aforismo freudiano que trabajaremos aquí.

Agreguemos a este breve recorrido de Análisis terminable e interminable (Freud, 1937/1986) la posición con que Freud da fin a este texto. Allí establece lo que sería un tope del análisis. Este límite, del cual dice que es universal, lo ubica en torno a la castración:

A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene [en la mujer] y la protesta masculina [en el hombre], a la roca de base y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. (Freud, 1937/1986, p. 253)

No ampliaremos aquí el significado que quiere darle Freud a estas palabras, ya que es otro nuestro camino. Bástenos decir, por ahora, lo que ya hemos dicho: hay aquí la concepción del fin de análisis como un tope, como un no-hay-más-allá. El final de un psicoanálisis sería exactamente allí donde el psicoanálisis encuentra el límite de su accionar.

Hay una cuestión de traducción que me permite esclarecer dos usos posibles de la palabra: 'fin'.¹ En el texto en español, leemos repetidas veces 'final de análisis' y 'término del análisis'. Nunca leemos 'fin de análisis', expresión acuñada por Lacan, y acaso más aún por los lacanianos. Cuando en Freud leemos la palabra 'fin', es para referirse al propósito, al objetivo. Pero la palabra fin nunca aparece asociada al análisis. Es que en alemán, la palabra 'Ende' no tiene la polisemia que tiene 'fin' en español. Para referirse al propósito, al objetivo, el alemán tiene la palabra 'Zweck'. Así, por ejemplo, la frase "el fin justifica los medios" (Rodríguez & Gloria, 2012, p. 3) atribuida a Maquiavelo, en alemán es 'Der Zweck heiligt die Mittel', y no podría cambiarse Zweck por Ende. El título de el libro de Freud es "Die endliche und die unendliche Analyse" (Freud, 1937).

¹ Me es imposible no agradecer a la Sra. Caroline Weigele su invalorable asistencia al momento de leer pasajes de los textos en alemán, fundamentalmente ayudándome a corroborar matices de traducción. Sin sus aportes, mis ocurrencias hubiesen quedado en sospechas, y en consecuencia, no estarían en este trabajo.

Esta polisemia de la palabra fin (y sus análogos en la mayor parte de las lenguas romances) permite establecer dos planos del fin de análisis. Tomaremos la formulación de Roberto Harari, pero es un elemento repetido en varios autores: por un lado el final del análisis como el hecho de que analista y analizante dejen de encontrarse en ese dispositivo que llamamos análisis; por el otro, el fin de análisis como el objetivo, el hacia dónde del análisis. (Harari, 1993)

Harari, al hablar del hacia dónde del análisis, está posicionándose desde una perspectiva, si no iniciada, al menos abordada extensa y diferencialmente en su complejidad por el psicoanalista Jacques Lacan. Su preocupación por el hacia dónde queda plasmada, por ejemplo, en el título de un escrito de 1958: La *dirección* de la cura y los principios de su poder. (Lacan, 1958/2008) Volveremos varias veces a este escrito. Por ahora digamos que esas dos palabras, 'dirección' y 'cura', pertenecen a dos de los planos que nos interesan al abordar la noción de fin de análisis.

Con respecto a la cura, apenas nos detenemos ahí, cual asociación libre, las preguntas emergen casi solas: ¿qué cura el psicoanálisis? ¿da cuenta esa palabra, cura, de lo que la experiencia del psicoanálisis no deja de mostrar? Limitémonos a esto. Instalar estas preguntas nos podría llevar a pensar en los orígenes del psicoanálisis, naciendo al separarse de la medicina, de donde se toma esta palabra: cura. Lo sano, lo enfermo, lo curable y lo incurable. Esto no es ajeno al fin de análisis.

Y necesariamente, quien enuncie qué es lo normal, lo enfermo, lo sano -lo sepa o no- estará sosteniendo en su práctica una posición moral. Y una vez que nos percatamos de esto, no podemos detenernos. Debemos hacernos, al menos, una pregunta ¿Cuál es la posición ética del psicoanalista en el fin de análisis? Tendremos que avanzar en los otros planos para poder acercarnos apenas a abrir esta pregunta.

Hagamos un racconto. Sea cual sea la respuesta que demos al hacia dónde del psicoanálisis, en todas tendremos implicados de forma más o menos explícita, estos planos que hemos diferenciado. No intentaremos ser exhaustivos analizando cada plano en todas las posiciones que conviven, mal o bien, entre (y en) los psicoanalistas. Diferenciarlos nos permitirá ser claros en las polaridades que vayamos encontrando en las diferentes posiciones presentes en la bibliografía. Será una guía transversal para el que escribe y para el que lee. Entonces, repasemos los planos de análisis.

- i) El término: el final de análisis como momento en que psicoanalista y analizante dejan de encontrarse.
- ii) La dirección: el fin de análisis como objetivo, como hacia dónde.

- iii) Lo moral normativo: la dimensión normalidad/anormalidad y sano/enfermo en juego.
- iv) Lo ético: la dimensión ética en juego, al preguntarse por el direccionamiento.
- v) Lo técnico: el plano de la técnica psicoanalítica.

El aforismo: un buque para navegar en las aguas del fin de análisis.

El presente trabajo pretende abordar la noción de fin de análisis a través de la lectura de una frase, que tanto por su forma como por el lugar que ocupa en el discurso psicoanalítico, puede ser entendida como aforismo. Aforismo que tiene un lugar privilegiado, no sólo en la bibliografía psicoanalítica, sino también en los espacios de formación de psicoanálisis. Al comenzar a escribir pensaba encontrar una definición de aforismo en Roland Barthes, semiólogo y lingüista francés, que por su interés en el psicoanálisis me proporcionara un marco desde el cual situarme. No encontré en sus obras ninguna definición del término aforismo, sino apenas algunas referencias a su naturaleza de fragmento, que ya citaré. La definición que más se adecúa a este trabajo es la del diccionario de la Real Academia Española, en su 23ª edición (2014).

Allí se define aforismo como: “máxima o sentencia que se propone como pauta en alguna ciencia o arte.” (Real Academia Española, 2014). La palabra máxima nos remite al plano ético. José Miguel Marinas en su libro *La ciudad y la esfinge* (2004) lee como máximas morales, dos frases de fin de análisis de Freud, una de las cuales es “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p.234), que aquí leeremos como aforismo. Allí se justifica el abordaje diciendo que

recortar las máximas es -como decía nuestro rabino de Carrión, Sem Tob- ‘escribir con las tijeras’. Esto quiere decir que intento traer con ellas, con las máximas, algún eco de sus condiciones de enunciación y alguna escucha anterior a la nuestra. [Y aclara que] no han sido dictadas como tales máximas, aunque la recepción ritualista las haya elevado a esta categoría. (...) No son sólo recomendaciones técnicas, aunque den para ello, sino sugerencias ejemplares. (Marinas, 2004, pp. 254-255)

(Aquí no se prescindirá de las tijeras como una de herramientas de escritura). Siguiendo a Marinas, se leerá el aforismo intentando elucidar tanto en el plano de lo moral y normativo como máxima que es, como en el plano técnico, sus potencial efectos en la práctica clínica. Se leerá desde su condiciones de enunciación, e identificando y analizando diferentes tradiciones de interpretación, que en el caso de las palabras de Freud suelen configurar verdaderas “guerras hermenéuticas” (Marinas, 2004, p. 258). Este trabajo tiene el objetivo de ser una herramienta que defienda al estudiante de las lecturas dogmáticas que se postulen como ortodoxas, manteniendo y elucidando las tensiones entre ellas. No resolviéndolas.

Barthes dice, contraponiendo el discurso fragmentario a la disertación, que

desde el punto de vista de una ideología o de una contraideología de la forma, está implicado el hecho de que el fragmento rompe lo que yo llamaría el recubrimiento de la salsa, la disertación, el discurso que se constituye con la idea de dar un sentido final a lo que se dice, y esto es la regla de toda la retórica de los siglos antecedentes. En relación con la salsa del discurso construido, el fragmento es un aguafiestas, algo discontinuo, que instala una especie de pulverización de frases, de imágenes, pensamientos, pero ninguna ‘cuaja’ definitivamente. (Barthes, 2013, p. 180)

El sentido del aforismo que aquí leeremos tampoco cuaja. No cierra ni completa un sistema teórico. Para Barthes, el fragmento tiene la “grandeza, no de la ruina o de la promesa, sino del silencio que sigue a toda terminación” (Barthes, 1999, p. 271). El silencio que prepara el aluvión de sentidos que se desplegarán: nunca únicos.

El estudio de la noción de fin de análisis a partir de la lectura de este aforismo está apoyado también desde el paradigma indiciario, descubierto y desarrollado por Carlo Ginzburg, quien en las palabras finales de su artículo *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales* (1986) establece que a ciertos niveles de complejidad, “las pretensiones de conocimiento sistemático aparecen cada vez más veleidosos” (p.162) y que “la decadencia del pensamiento sistemático fue acompañado por el éxito del pensamiento aforístico” (p.163) Más allá de que el conocimiento sistemático esté o no en decadencia, (afirmación de Ginzburg un tanto grandilocuente, afirmación que felizmente excede este trabajo) los aforismos han constituido una vía para acercarse a aquello incognoscible por otros medios. “Si la realidad es impenetrable, existen zonas privilegiadas –pruebas, indicios, que permiten descifrarla” (p.162). Y “la literatura aforística

es, por definición, una tentativa de formular juicios sobre el hombre y la sociedad en base a síntomas, a indicios” (p.162) (Esto es, verdaderamente, escribir con las tijeras.)

La realidad impenetrable es aquí la noción de fin de análisis que –desengáñese el lector- no se dejará capturar totalmente por ninguna de las formulaciones que aparecerán en este trabajo. Nosotros nos aproximaremos a través del estudio de fragmentos, indicios que emergen del discurso psicoanalítico. “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p.234) no fue escrito como aforismo, pero tiene un “carácter normativo, proverbial, postulador y axiomático” (Gómez & Gómez, 2006, p.58), y gracias a esas características, desde que fue escrito ha sido recortado, traducido, repetido, interpretado, tomando hoy ese lugar privilegiado que tiene.

La forma del aforismo está sintácticamente restringida: el aforismo es oración sintética, es frase y es palabra mínimamente expandida, por lo que la condensación de la idea o del pensamiento en una frase escueta es signo de bondad y esencialidad. (Gómez & Gómez, 2006, p. 69)

Esto lo dicen estos autores españoles, que dedican un artículo a leer un libro del físico, epistemólogo y por momentos poeta catalán Jorge Wagensberg que asegura: “El aforismo es el más científico de los géneros literarios” (Gómez & Gómez, 2006, p. 58). Científico, no tanto por su validez epistemológica, dicen estos autores, sino por su lugar en el imaginario científico.

Un imaginario científico es un constructo-constructor de una ficción de la realidad cuya finalidad no es suplantar a esa realidad sino comprenderla, y, todo ello, normalmente pese a las posibles frustraciones de universalismo, desde una génesis y configuración de carácter individual, grupal o tribal. (Gómez & Gómez, 2006, p. 60)

Aquí deberíamos hablar de imaginario psicoanalítico, y nuestro supuesto, apoyados en estos autores, es que los aforismos ocupan en él un lugar privilegiado.

Agreguemos algunas características de los aforismos que nos aporta la lectura de un interesantísimo libro titulado *Los géneros literarios: sistema e historia*. (García &

Huerta, 1992). Allí aparece el aforismo dentro de los géneros didáctico-ensayísticos, agrupado junto con el apotegma, el refrán, la máxima, el ensayo.

La lengua se sirve de ellos [los géneros didáctico-ensayísticos] para la comunicación del pensamiento en sus diversas facetas: filosófica, religiosa, política, científica. Por consiguiente, el propósito estético queda subordinado en este grupo a los fines ideológicos, sin que quepa afirmar, no obstante, que aquél esté ausente por completo. La forma básica de ese grupo, el ensayo, testimonia que en determinadas épocas ha prevalecido un concepto del mismo muy estetizante. (García & Huerta, 1992, p. 218)

Ésto nos interesa particularmente, ya que en psicoanálisis la forma de ensayo puebla una gran parte de la producción escrita, y desde su creador-descubridor, el fin estético nunca ha sido dejado de lado. “El ensayo (...) hinca sus raíces en la tradición oral, constituida por el acervo de proverbios, axiomas, máximas y aforismos.” (1992, p. 225) Podemos decir, entonces, que el ensayo psicoanalítico, que conforma tal vez la mayor parte del corpus escrito utilizado como bibliografía en la transmisión del psicoanálisis, está constituido en parte por estos aforismos que curiosamente, el que guiará este trabajo fue escrito buscando el estilo oral de las conferencias, aunque nunca fue pronunciada por Freud. Entre la oralidad y la escritura.

Cerca también del aforismo aparece clasificada la genial invención de Gómez de la Serna: las greguerías: “fragmentario e ingenioso, no lejos pues del aforismo” (García & Huerta, 1992, p. 224), de las que su creador dijo que encarnan “el atrevimiento de definir lo indefinible, a capturar lo pasajero, a acertar lo que no puede estar en nadie o puede estar en todos” (García & Huerta, 1992, p. 223). Éstas palabras también podrían estar hablando de los aforismos de fin de análisis. Momentos de lucidez que iluminan, y en esa iluminación, también atrapan.

Palabra de Freud: “Wo Es war, soll Ich werden” (1933/1934, p. 234)

El aforismo por el cual nos guiaremos, es acaso de los más repetidos, releídos y reinterpretados desde las diferentes tradiciones psicoanalíticas posteriores a Freud. Aparece al final de la conferencia 31°, titulada La descomposición de la personalidad

psíquica, (Freud, 1934/1986) y forma parte de la serie de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.

Cuando Freud escribe estas conferencias, no tiene el objetivo de pronunciarlas públicamente (Freud, 1934/1986, p. 4) De todas formas, son conferencias: tienen el inconfundible vaivén del estilo oral de Freud, que, como él mismo dice se caracteriza por “no olvidar el miramiento por el lector”. (1934/1986, p. 5).

De la conferencia 31, podemos decir que está dedicada al desarrollo de la segunda tópica. Podría ser pensada como un repaso y un anexo de El yo y el Ello (1923/1986). Una de las pocas diferencias es justamente el agregado de la sentencia que a fuerza de repetición es hoy un aforismo.

Citemos un fragmento del extenso último párrafo donde aparece. Luego de diferenciar y conceptualizar las tres instancias psíquicas Ello, Yo y Superyó, a lo que dedicó toda la conferencia, se dedica aquí a pensar y relativizar la rigidez de sus fronteras, o mejor, los cambios en sus fronteras. Luego de decir que

cabe imaginar (...) que ciertas prácticas místicas consigan desordenar los vínculos normales entre los diversos distritos anímicos de suerte que, por ejemplo, la percepción logre asir, en lo profundo del yo y el ello, nexos que de otro modo le serían inasequibles (Freud, 1934/1986, p. 74)

Se vincula luego, con estas experiencias místicas a la psicoterapia, no sin antes aclarar que “puede dudarse tranquilamente de que por este camino se alcance la sabiduría última de la que se espera toda salvación” (Freud, 1934/1986, p.74). Guiño que deberían leer los que esperan del psicoanálisis (o de las experiencias místicas) toda salvación: personal, social, política. Y luego viene el salto, el final de la conferencia, lo que nos interesa:

admitiremos que los empeños terapéuticos del psicoanálisis han escogido un parecido punto de abordaje. En efecto, su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era, Yo debo devenir. Es un trabajo de cultura, como el desecamiento del Zuiderzee. (Freud, 1937/1986, p. 74)

Intentemos entender en primer lugar, qué quiere decir Freud aquí. Pero no, detengámonos. Ahí está la trampa: es imposible decir algo de este aforismo sin suscribir de algún modo a alguna de las tradiciones de interpretación (Marinas, 2004).

Marinas, en su libro *La ciudad y la esfinge* (2004), lee este aforismo como una máxima, dos géneros que aparecen asociados en la clasificación que manejamos aquí (García & Huerta, 1992). Nos dice, que “representa un enunciado moral en el sentido estricto del término. Por su conocida repetición, pasa inadvertida quizá tanto su vertiente moral como (...) su sentido preciso en el análisis” (Marinas, 2004, pp. 255-266). Marinas, al analizar el “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) -que él prefiere traducir como “donde había ello debe ir haciéndose yo” (Marinas, 2004, p. 255)- refiere a tres maneras de entenderlo, que corresponden a tres diferentes redes de interpretaciones, tres tradiciones de interpretación. (Marinas, 2004).

Vamos a nombrarlas brevemente, y luego ampliaremos la lectura de Marinas, con el aporte de otros autores. a) “la primer red de interpretaciones coloca el sentido de la frase y la legitimación de la intervención en el núcleo de la psicoterapia del yo, del Egoanálisis.” (Marinas, 2004, p. 257); b) “las lecturas más explícitamente moralizadoras - no tanto en su contenido y eficacia, sino en su forma- que se desplazan del campo analítico hacia la aplicación de un mandato racionalizador en grado extremo: el moralismo de la ascesis, o el control estoico” (2004, p. 258); c) una tercer manera “más avisada sobre los excesos o las derivaciones de la interpretación yoística y releendo a los maestros morales bajo otra luz, sugiere que el deber consiste en hacer lugar al sujeto.” (2004, p. 258).

Ordenémonos, y vayamos intentando entender estas maneras. Aquí desarrollaremos únicamente dos de ellas, no sólo por cuestiones de extensión; también por lo que nos pueden aportar para pensar el fin de análisis. Tracemos un recorrido.

Comencemos por la lectura que realiza del psicoanalista húngaro Michael Balint, para dar cuenta de los primeros pasos que dio este aforismo en la historia del psicoanálisis. Luego, continuaremos con la interpretación que de él realiza la Egopsychology, tomando como referente al psicoanalista vienés Heinz Hartmann. Continuaremos las múltiples lecturas de este aforismo freudiano que se encuentran en los seminarios y escritos de Jacques Lacan. Como último autor de referencia que pondremos en tensión, antes de pasar a unas consideraciones finales, tomaremos los aportes del filósofo y psicoanalista griego Cornelius Castoriadis. Comencemos.

Michael Balint: una lectura postfreudiana.

Entre los psicoanalistas que continuaron la tarea de pensar el psicoanálisis luego de Freud, hay una figura particularmente interesante: Michael Balint. Psicoanalista húngaro, alumno del co-fundador de la International Psychoanalytical Association y de la Sociedad Húngara de Psicoanálisis, Sándor Ferenczi. Resaltemos que las propuestas de este maestro de Balint, Ferenczi, de modificar la técnica con el objetivo de acortar la duración de la terapia psicoanalítica, fueron las que impulsaron a Freud a escribir *Análisis terminable e interminable* (Freud, 1937/1986). Al igual que Ferenczi, Michael Balint se interesará particularmente por la técnica psicoanalítica, por la finalización del análisis, por la formación de los psicoanalistas y su institucionalización.

En nuestro ámbito, se nombra a Balint mayormente sin citarlo, quiero decir sin leerlo, casi siempre para entender las críticas que contra él formuló Jacques Lacan. La primer aproximación del que escribe ha sido esa, y me animo a asegurar, que de la mayor parte de los psicoanalistas en nuestro medio. Veremos esas críticas más adelante, pero antes, intentemos leer a Michael Balint. No parece ser un psicoanalista que se lea en estas tierras. La lucidez de este autor al argumentar contra sus propias publicaciones, la honestidad al plantearse las preguntas al comenzar todos sus artículos, transmite una sensación de verdad que invita a leerlo. Leemos a un psicoanalista preocupado por su práctica, volcado a elucidar qué es lo que sus colegas contemporáneos están haciendo, intentando que el psicoanálisis no se estanque, que no se haga dogma. Intentemos acercarnos a él a través de sus lecturas de este aforismo y sus posiciones en torno al fin de análisis.

Digamos que Balint, si bien es húngaro, publicó casi todos sus textos en inglés y en francés. De hecho, no existen traducciones publicadas en nuestra lengua, de casi ninguno de sus textos, lo que lo aleja un poco más de nosotros. Los textos que se manejan en este trabajo son sus artículos originales en inglés, que fueron publicados en la *International Journal of Psychoanalysis*, y luego recopilados en *Primary Love and Psycho-analytic Technique* (Balint, 1953), libro desde el cual lo leemos. Las traducciones corren por cuenta del autor.

Comencemos por un lugar donde Michael Balint cita este aforismo directamente. Es en un artículo presentado en el congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional de 1949, en Zürich, Suiza. El artículo lleva por título “Changing therapeutical aims and techniques in psycho-analysis” (Balint, 1953, p. 221). Allí, luego de preguntarse si el

modo en que los psicoanalistas ejercen su trabajo ha cambiado a través del tiempo, escribe en el primer párrafo, antes de que el lector pueda pensar una respuesta: “As the title of my paper suggests, my contention is that psycho-analytic technique has changed, in fact has been changing continuously, ever since its first description by Freud in the technical chapter of the *Studies in Hysteria*”² (Balint, 1953, p. 221). De todos esos cambios, el autor nos dice que se va a dedicar a la parte de la historia de esos cambios que son “contemporary with my analytical lifetime”³ (Balint, 1953, p.221). (Entre paréntesis: ¿Será su tiempo como psicoanalista? ¿su tiempo en análisis?)

Estos cambios, los va a estudiar en función de la meta del análisis. La palabra del inglés que utiliza es ‘aim’. Nos dice que en el año que él comenzó su práctica como psicoanalista, en 1922, había un consenso en las metas del psicoanálisis:

the aim of all psycho-analytical therapy was defined by Freud -for all time to come, as we thought then- in his three famous synonymous formulae: ‘overcoming the patient’s resistance’, ‘removal of infantile amnesia’, and ‘making the unconscious conscious’⁴. (Balint, 1953, p. 222)

Nos interesa Balint porque además de desarrollar teórica y clínicamente nociones de psicoanálisis, da cuenta del momento histórico desde el cual lee. Es llamativo que proponga que esas tres fórmulas son equivalentes. Pero no nos detengamos en esto, vayamos al aforismo. Luego del predominio de esas tres fórmulas que para él son sinónimas, el pasaje a la segunda tópica de Freud, cambiaría el camino que el psicoanálisis debería tomar, o mejor, cambiaría el lugar al que había que llegar.

The aim of therapy was, as reformulated by Freud: ‘Where id was, ego shall be.’ In practice this meant a new, an additional task: to help the patient to repair the faulty

² ‘Como el título de mi artículo lo sugiere, mi argumento es que la técnica psicoanalítica ha cambiado, de hecho ha cambiado continuamente desde la primer descripción de Freud en el capítulo técnico de *Estudios sobre la Histeria*.’ (Traducción del autor)

³ ‘Contemporáneos con mi tiempo en el análisis’ (Traducción del autor)

⁴ ‘la meta de la terapia psicoanalítica estaba definida por Freud -y para siempre, eso creíamos en el momento- en sus tres famosas fórmulas sinónimas: ‘vencer las resistencias del paciente’, ‘eliminación de la amnesia infantil’ y ‘hacer consciente lo inconsciente’ (Traducción del autor)

places in his ego structure, and in particular to aid him to abandon some of his costly defensive mechanism and to develop less costly ones.⁵ (Balint, 1953, p. 222)

El psicoanalista húngaro pone en tensión las diferentes fórmulas, diciendo aquellas tres primeras hacían foco en lo dinámico, y este nuevo aforismo, vendría a hacer foco en lo tópico. Con una clara lectura histórica del problema, nos dice que desde esta segunda posición, establecida a partir de *El yo y el ello* (Freud, 1923/1986), pasó a ser “Since then it has been an established custom to view any neurotic symptom, in fact any mental phenomenon, as a compromise between the three factors: the id, the ego and the super-ego.”⁶ (Balint, 1953, p. 222)

Este es un punto central. A partir de las lecturas de la segunda tópica -y no dice que esto se desprenda de Freud sino de una costumbre establecida- no sólo los síntomas, sino también todo fenómeno mental podrá ser explicado a partir de la segunda tópica. Podemos suponer que Freud hubiese agregado, o podemos agregarle nosotros, que en la segunda tópica son cuatro los elementos, ya que el vasallaje del yo no es doble, sino triple (Freud, 1923/1986): además de las instancias, la realidad.

Pero, aunque Balint de cuenta de lo histórico, no puede dejar de estar implicado. Él, al citar el aforismo, no lo deja allí en suspenso, sino que lo lee, lo interpreta. “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234), es para él “Where Id was, Ego shall be” (Balint, 1953, p. 222), y esto implica ayudar, asistir al paciente. Y al Yo del paciente especialmente, a modificar sus mecanismos de defensa. Es decir, que ubica este aforismo dentro de una aproximación tópica, pero la meta que establece es fundamentalmente económica: desarrollar mecanismos de defensa menos costosos. (Balint, 1953, p. 222)

Balint diferencia estas dos épocas de Freud, estos dos modos de entender las metas del análisis, no para tomar partido por una de ellas sino para criticarlas e intentar superarlas conjuntamente. Tomará las críticas que le atribuye a “ciertos sociólogos y antropólogos” (Balint, 1953, p. 223) para decir que las formulaciones freudianas de las metas del psicoanálisis se interesan sólo en el individuo y soñando un futuro al

⁵ *‘La meta del psicoanálisis fue reformulada por Freud: ‘Where id was, ego shall be’. En la práctica esto significó una tarea adicional: ayudar al paciente a reparar los lugares defectuosos en su estructura yoica, y en particular ayudarlo a abandonar algunas de sus costosos mecanismos defensivos y desarrollar otros menos costosos.’ (Traducción del autor)*

⁶ *‘Desde ese momento pasó a ser una costumbre establecida el considera todo síntoma neurótico, de hecho cualquier fenómeno mental, como un compromiso entre tres factores: el ello, el yo y el superyó.’ (Traducción del autor)*

argumento, le pone nombre: "I shall call this limitation the physiological or biological bias"⁷ (Balint, 1953, p. 223) De todas formas, nos dice que esta crítica es injusta con la práctica del psicoanálisis en ese momento. Es que según este autor, las metas del análisis han cambiado pero no desde la teoría, sino desde la técnica. Para él, como dijo desde el comienzo la técnica ha cambiado, y ahora agrega, que no ha cambiado la teoría. Y a esto se va a dedicar Balint: a intentar justificar desde la teoría, los cambios que ha habido en la técnica.

Es curioso que diga que las formulaciones freudianas de la meta psicoanalítica se concentran en el individuo, siendo que justamente están formuladas de tal modo en que el que está recostado en el diván queda dividido: entre conciente e inconciente; memoria y olvido; yo, ello, superyó. Pero Balint no puede dejar de ser parte de su época. La segunda tópica de Freud ha tenido efectos en el ambiente psicoanalítico, y parece haber cierta tendencia a entender al paciente como un Yo. Un Yo total, y por momentos homologable a *el paciente*. Esto lo podemos ver cuando el autor propone que la meta es cambiar la meta es sustituir unos mecanismos de defensa por otros. Veámoslo.

Los mecanismos de defensa, son mecanismos del Yo. Defensas del Yo, como queda escrito en el título de Anna Freud "El Yo y los mecanismos de defensa" (1936/1961). Sin embargo, Balint dice que debemos ayudar al paciente a cambiar sus defensas, no al yo. El paciente queda homologado a su Yo, en el mismo lugar. El "Kern unseres Wesens" (Freud, 1900, p. 359), el núcleo de nuestro ser del que hablaba Freud, queda así desplazado.

Se habla del yo del paciente, y se habla del paciente, como si fuesen lo mismo. Esto va a llevar a Balint a buscar la salida de la parcialidad fisiológica y lo biológica, el límite que él diagnostica en el psicoanálisis de concentrarse en el análisis del individuo, límite del cual nos dice que va a intentar traspasarlo al estudiar "the analyst behaviour in the psycho-analytical situation, or, as I prefer to phrase it, the analyst's contribution to the creating and mantaining of the psycho-analytical situation"⁸ (Balint, 1953, p. 231).

Para Balint, el aforismo freudiano es una posición a superar, ya que está formulada en términos de una psicología individual, y tiene sus límites: "Can give only a

⁷ 'Llamo a esta limitación, la parcialidad fisiológica o biológica' (Traducción del autor)

⁸ 'el comportamiento del analista en la situación psicoanalítica, o como prefiero decirlo, la contribución del analista a crear y mantener la situación psicoanalítica' (Traducción del autor)

clumsy approximate description of what happens in the psycho-analytical situation which is essentially a Two-Body Situation”⁹ (Balint, 1953, p. 235)

Para una lectura contemporánea, que se hable de una situación de dos cuerpos suena física, alejado de todo caso-a-caso. Pasar de un modelo de un cuerpo, a un modelo de dos cuerpos, no parece ser un gran avance para escapar de la parcialidad biológica y fisiológica. De todas formas, no es esta lectura la que nos interesa al acercarnos a Balint, que podemos dejarla para más adelante, sino justamente intentar acercarnos a él desde su propia escritura, desde su momento. Es así como entiendo el camino que traza Marinas al decir que busca “algún un eco de sus condiciones de enunciación, una escucha anterior a la nuestra” (Marinas, 2004, pp. 254-255)

Eso hemos intentando en esta sección. Volveremos a Balint cuando veamos lo que Lacan tiene para decir de esto, pero volveremos luego de haberlo leído directamente, para poder construir tensiones que nos prevengan ciertamente del dogma. Ya sea para criticar lo que tenga para decir Lacan, o para entenderlo desde otro lugar, que no sea la llana aceptación.

Egopsychology: una cuestión de territorio.

Otra forma de entender este aforismo, podría ser agrupada bajo el título de egoanálisis. Así lo dice Marinas. Si adoptamos la palabra que los que siguen esta corriente utilizan para nombrarse a sí mismos, deberíamos decir Egopsychology. Esta corriente, sembrada por los psicoanalistas postfreudianos, echó fuertes raíces en los países anglosajones. En inglés fue traducido como “Where id was, there ego shall be” (Freud, 1933/1953, p. 79)

No es únicamente de este aforismo freudiano que nace esta corriente. Hay otros pasajes de Freud que han servido de roca de base al egoanálisis, como el ya citado del capítulo 7, último capítulo de La interpretación de los sueños: “la psicoterapia no puede emprender otro camino que el de someter el lcc al imperio del Prcc.” (Freud, 1900/1986, p. 562).

Se suele ubicar como precursora de esta corriente a Anna Freud, y como fundadores a Hartmann, Kris y Loewenstein, quienes han construido sus desarrollos

⁹ *‘puede dar solo una torpe descripción aproximada de lo que sucede en la situación analítica, la cual es esencialmente una situación de dos cuerpos’ (Traducción del autor)*

teóricos y clínicos fundamentalmente a partir de la segunda tópica de Freud, por lo que la Conferencia 31 (Freud, 1933/1986) es uno de los textos freudianos más citados en sus obras. (Yildis, 2007)

Hasta hoy, para el que escribe, la obra de estos autores es desconocida. Son nombres que figuran en el diccionario de Laplanche-Pontalis (1996) o en los seminarios de Lacan, donde el trato que se le da a su obra es, superficial en un caso, y de una crítica hostil -y lúcida- muy direccionada en el otro. En la biblioteca de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República no existen libros de Heinz Hartmann, ni de Lowenstein. De Kris apenas tenemos un volúmen, de poco interés para este trabajo ¿Cómo acercarnos, entonces, a estos autores? Mientras el que escribe intenta la aventura de conseguir un libro de Heinz Hartmann, vamos a acercarnos a través de los textos que tenemos, aquí, nosotros.

Norberto Bleichmar y Celia Leiberman inician su libro *El psicoanálisis después de Freud* (1989) haciendo un desarrollo de la psicología del yo de Hartmann. Aquí ya podemos detenernos. El título del principal libro de este autor se llama *Ego Psychology and the Problem of Adaptation* (Hartmann, 1939). No se llama *Ego Psychoanalysis*.

Bleichmar & Leiberman nos dicen que “el interés teórico que lo guió fue transformar al psicoanálisis, que hasta entonces se había dedicado a estudiar el conflicto mental y los fenómenos inconscientes, en una psicología general.” (1989, p. 42) Para eso “era necesario incluir como objetos de estudio del psicoanálisis funciones mentales como la conducta, la inteligencia, el pensamiento, el conocimiento, etc”. (Bleichmar & Leiberman, 1989, p. 42).

(Dos párrafos entre paréntesis para hacernos una pregunta. Cuando Hartmann escribió sus obras, ya habían pasado unos cuantos años desde que Freud había dicho, al definir el psicoanálisis, que era “1) un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) un método de tratamiento (...) 3) una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligiendo.” (Freud, 1922/1986, p. 231)

Subrayemos, en el tercer punto, *ganadas por ese camino*. ¿Será posible, con el mismo método del psicoanálisis, con el mismo camino, estudiar estos objetos que le interesan a Hartmann (inteligencia, pensamiento, conocimiento) además de los procesos inconscientes? ¿es posible cambiar el objeto de estudio del psicoanálisis sin que el método deje de ser psicoanalítico?)

Ahora sí, luego de que la escritura estuviese detenida, después de rastrear algún libro de Hartmann en el medio local, lo encontramos tapado de polvo al fondo de una biblioteca, y abandonando rápidamente las rueditas de nuestra bicicleta -Bleichmar y Leiberman- lo leemos. Nos guiaremos buscando los efectos de este aforismo en el libro princeps de este psicoanalista vienés radicado en Estados Unidos al llegar la segunda guerra mundial, paciente y alumno de Freud: Heinz Hartmann. El libro es La psicología del yo y el problema de la adaptación (Hartmann, 1987).

Allí se elabora una pirueta que es, al menos, interesante: se construye desde la teoría y dentro del yo, una “esfera libre de conflictos (conflict free ego sphere) [traducción incluida en la versión española]” (Hartmann, 1987, p. 24), y la comienza a definir, ya defendiéndose de las críticas: “no estoy hablando de una región de la mente cuyo desarrollo sea en principio inmune a los conflictos, sino más bien de ciertos procesos, en cuanto ellos permanecen empíricamente fuera de la esfera del conflicto mental del individuo.” (Hartmann, 1987, p. 24)

En ésta esfera libre de conflictos, el autor incluye: “el aprender a pensar y el aprendizaje en general son funciones biológicas independientes que existen junto a impulsos instintivos y defensas, siendo en parte independientes de ellos” (Hartmann, 1987, p. 30)

Su objetivo es comprender, en principio desde la teoría pero después con experiencias empíricas, estas funciones del Yo que estarían fuera de la relaciones conflictivas, para así, con la terapia psicoanalítica fortalecer al Yo en sus conflictos. La analogía es muy clara: “la eficacia de los ejércitos que defienden las fronteras también depende del apoyo que obtienen o no obtienen de la retaguardia.” (Hartmann, 1987, p. 32)

En esta analogía, el Ello, el Superyó y la Realidad, que son las instancias con las que el Yo está en permanente conflicto en la segunda tópica, quedan en el lugar del adversario. El enemigo al que hay que derrotar, o al menos, ganarle terreno. En este contexto es que encontramos en Hartmann (1987) el aforismo freudiano:

Creo que la célebre proposición de Freud, ‘donde estaba el ello, el yo debe estar’, con frecuencia ha sido mal entendida. No significa que alguna vez haya habido, o que pudiera haber, un hombre puramente racional; implica solamente una tendencia cultural-histórica y una meta terapéutica. (p. 97)

Lo que le dice a Heinz Hartmann el “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) es: *el Yo debe ganar terreno*. Y aunque parece estar prevenido de que el inconsciente no se agota (porque sigue produciendo lapsus, sueños) de todas formas lo establece como una meta terapéutica ideal. Si para Freud el fin de análisis es un tope, para Hartmann es una utopía. Al final del análisis, lo racional debe prevalecer:

El desarrollo del yo es una diferenciación [del Ello], en la cual [los] factores reguladores primitivos son progresivamente reemplazados o complementados por regulaciones yoicas más eficaces. Lo que originalmente estuvo anclado en los instintos puede ulteriormente ser ejecutado por el yo y a su servicio. (Hartmann, 1987, p. 72)

(No tengo acceso a la versión alemana original del libro, cuyo título es *Ich- Psychologie und Anpassungsproblem*. La que manejo fue traducida de su versión inglesa. No podemos saber si cuando leemos instinto, Hartmann escribió *Instinkt*, palabra alemana que remite a lo biológico sin ambigüedades, o *Trieb*, palabra utilizada por Freud que Etcheverry en su versión a nuestra lengua -mejorando la elección de Strachey (instinct) al inglés y la de Ballesteros (instinto)- tradujo como pulsión. Palabra ambigua que da cuenta de la complejidad de ese límite del aparato psíquico con lo somático en el que Freud situó la *Trieb*.)

Freud, líneas antes de anunciar su “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) escribió que el propósito del psicoanálisis “es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello.” (Freud, 1933/1986, p.74)

Hartmann da un salto que Freud no había dado, o al menos no tan claramente. Para Hartmann, se trata de fortalecer el Yo para la mejor adaptación. Este es el concepto clave más desarrollado por Hartmann: “En términos generales, consideramos bien adaptado a un hombre¹⁰ si su productividad, su capacidad para disfrutar de la vida y su equilibrio mental no están perturbados” (1987, p. 41)

¹⁰ Es al menos llamativo que un psicoanalista que leyó a Freud diga que “el neonato humano normal y su ambiente esperable promedio están recíprocamente adaptados desde el primer momento.” (Hartmann, 1987, p. 74)

Para Hartmann, se trataba de pasar de la psicología del Ello, ya desarrollada por Freud, a la psicología el Yo (Hartmann, 1987, p. 20). Del Ello al Yo: ese es el paso de Hartmann. Un Yo particular, que va mucho más allá del de Freud.

Y aunque trata en todo su libro de intentar no plantearlo en términos dicotómicos sino complementarios, en cada nuevo giro, lo enigmático, lo inconsciente, va dejando paso a lo adaptado, lo armónico, lo consciente. Del conflicto psíquico, a la función adaptada. Del psicoanálisis, a la psicología. Él lo escribió (nosotros agregamos los resaltados): “Muchos de nosotros *esperamos que el psicoanálisis se convierta* en una psicología general del desarrollo” (Hartmann, 1987, p. 23). Lo establece como un deseo, y dos páginas más adelante lo satisface: “Si tomamos en serio la afirmación de que el psicoanálisis es una teoría general del desarrollo mental, también debemos estudiar esta área de la psicología” (1987, p. 25) Estas son citas del comienzo del libro. A medida que avanza, Hartmann sabe que el centro se va corriendo, hasta llegar al párrafo final:

Muchas de estas extensas —aunque todavía incompletas— consideraciones no son psicoanalíticas en sentido estricto y algunas de ellas parecen habernos alejado mucho del centro del psicoanálisis. (1987, p. 139)

Luego, sólo se trata de hacer psicología. Psicología experimental: “gran parte de nuestro examen ha tenido el carácter de un programa que debe encararse y concretarse mediante investigaciones empíricas detalladas.” (1987, p. 139)

La fórmula que establece que las vías de la psicoterapia deben ser fortalecer al Yo, no es lo distinto de este autor. Esa posición la podemos encontrar en Freud, en Anna Freud, en Melanie Klein, y acaso en gran parte de aquellos que sostienen su teorización y su práctica a partir de la segunda tópica freudiana. Tópica que al parecer lleva a pensar la experiencia psicoanalítica como una guerra, donde el Yo es quien debe ganar. Ya Anna Freud había tomado esa metáfora de su padre, al titular su libro *El Yo y sus mecanismos de defensa* (1936/1961) Pero Hartmann llevó la guerra hasta el punto de construir una trinchera, dejando al psicoanalista en una retaguardia que lo aleja de la posibilidad de trabajar con los fenómenos inconscientes.

Una trinchera que tendrá que soportar, durante 27 años, los insistentes ataques de Jacques Lacan en sus seminarios. Veremos algunos de sus embates en la próxima sección.

Hacer lugar al sujeto.

Recordemos que estamos siguiendo a Marinas (2004) en su clasificación de las maneras de entender este aforismo freudiano. (Digo aforismo freudiano, y no aforismo de Freud, insistiendo en que el hecho de que Freud dice una sentencia, no un aforismo. Hoy lo leemos como tal.) Entonces, nos dejamos orientar por Marinas. Esta forma estaría: “más avisada sobre los excesos o las derivaciones de la interpretación yoística y releendo a los maestros morales bajo otra luz, sugiere que el deber consiste en hacer lugar al sujeto” (Marinas, 2004, p. 258)

Cuando Marinas dice hacer lugar al sujeto, no se refiere a cualquier sujeto. El sujeto es le Sujet, el S de Jacques Lacan, el sujeto del inconsciente, de la palabra, el sujeto de deseo. Veamos entonces, en esta sección, cómo se las arregla Lacan para que el “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) abra un espacio para que el sujeto tenga un lugar. Lacan va a jugar desde su Seminario 2 (1954/2014) con la homofonía entre la palabra alemana Es, el Ello de la segunda tópica, y la primera letra de la palabra francesa sujet, S, es. Hacer lugar al Sujeto, es hacer lugar al Es.

Lacan se refiere a este aforismo en demasiadas ocasiones como para que cronológicamente nos dediquemos a rastrearlo en sus seminarios. Si confiamos en el recorrido que hace Isacovich (s.f.) entre seminarios y escritos, Lacan lo relee en doce pasajes, casi sin repetir argumentaciones. Lo aborda cada vez desde una nueva perspectiva que, en general, no retoma ni profundiza la anterior.

Es que si pensamos que Lacan, cuando habla del Yo, insiste en que es “una suma de identificaciones (...) [situado] en el muy pobre punto de síntesis al que el sujeto es reducido cuando se presenta sí mismo” (1954/2014, p. 313), ¿cómo podrá leer Lacan este aforismo freudiano, cuando de forma aparentemente tan inequívoca Freud dejó escrito líneas antes que de lo que se trata es de fortalecer al Yo?

Desde Lacan, que decía volver a Freud, ¿cómo volver al “Wo Es war, soll Ich werden”? (Freud, 1933/1934, p. 234) En un libro compilado por el cada vez menos prescindible filósofo balcánico Slavoj Žižek, el crítico y teórico literario marxista Frederic Jameson nos dice:

Es evidente que una fórmula como el famoso Wo es war, soll ich werden - signifique lo que signifique- es en la mayoría de las lecturas una seria amenaza

para sus propios empeños [los de Lacan] y para su reivindicación del patrocinio de Freud. Reclamar la ciénaga del inconsciente y convertirlo en consciencia e incluso autoconsciencia: ésta es una recomendación de la Ilustración tan centrada en el ego como el viejo «conócete a ti mismo» socrático-, al menos en una primera lectura y sin el beneficio de las contorsiones con las que las traducciones de Lacan y las formulaciones alternativas tratan desesperadamente de reapropiárselo (la más famosa, la où c'était, dois je advenir). (Jameson, 2010, p. 495)

¿Quién posee la lectura verdadera de este aforismo? ¿Quién es el que sabe cómo leer a Freud? El corpus que dejó Freud es un territorio en disputa, y en este aforismo, como en otros fragmentos, se concentra la lucha. La misma línea sigue el planteo de la psicoanalista lacaniana Isacovich:

“Ese enunciado, que dicho así parece no dejar lugar a dudas, sabemos a qué prácticas relativas al psicoanálisis del yo ha dado lugar. Fue precisamente la reacción frente a esas prácticas lo que llevó a Lacan a replantear tantas veces esta frase freudiana.”(s/f)

No es fácil acercarse a Lacan sin limitarse a una explicación simplificadora. Veamos qué podemos hacer.

El que escribe aquí, desde hace un tiempo viene pensando que así como Freud fue complejizando sus teorías, no sólo a partir de la experiencia clínica, sino también de las discusiones con sus contemporáneos -primero con los detractores que se posicionaban por fuera del psicoanálisis (siendo él el fundador, al comienzo todos estaban fuera) y luego con los psicoanalistas que tomaban orientaciones que se alejaba de la suya- Lacan avanzó en su enseñanza de forma similar: a partir de la discusión con artículos y libros publicados. Acaso haya sido uno de sus métodos principales. Por esto mismo, la lectura de los complejos seminarios y escritos de Lacan, se hace más accesible cuando se sabe con quién está discutiendo, a quién va dirigida esa rabia tan cargada de ironía.

En sus primeros años, su enseñanza estará apoyada en los escalones que construye con sus críticas a la Egopsychology, siendo Heinz Hartmann uno de sus referentes más atacados.

Como decíamos, ya en el Seminario 2, Lacan (1954/2014) homóloga en el esquema L, al Es de la segunda tópica con el Sujeto (S). De lo que se trata en este esquema es de descentrar la relación de yo a yo, entre analista y analizante, para poder escuchar a ese S.

Donde Hartmann escucha al Yo, Lacan va a escuchar al S. Especie de inversión del aforismo freudiano que se podría leer a lo largo de toda la enseñanza de Lacan. Pero en una segunda lectura, podemos ver que no se trata de descartar al yo. No se trata de dejar de lado esa relación de yo a yo.

En La cosa freudiana (Lacan, 1956/2008) luego de decirnos que “no hay sólo en la situación analítica dos sujetos presentes, sino dos sujetos [S y A] provistos cada uno de dos objetos que son el yo y el otro [autre], teniendo este otro el índice de una a minúscula inicial.” (1956/2008, p. 404) nos aclara que es preciso que el analista “reconozca, y por lo tanto distinga, su acción en uno y otro de esos dos registros para saber por qué interviene, en qué instante se ofrece a la ocasión y cómo actuar sobre ello.” (1956/2008, p. 405)

Es decir que el analista no se privará de intervenir en el lugar del Yo, pero no centrará ahí su acción.

La condición primordial es que esté compenetrado de la diferencia radical del Otro al cual debe dirigirse su palabra, y de ese segundo otro que es el que ve y del cual y por el cual el primero le habla en el discurso que prosigue ante él” (Lacan, 1956/2008, p. 405)

Aquí, lo que está respondiendo es a una pregunta que se había hecho unas páginas antes, y que recorre este texto de Lacan: “¿quién habla?” (1956/2008, p. 388) Es que si al que hay que escuchar es al Yo, ¿cuándo habla lo inconsciente? Si lo inconsciente hablara siempre, se lo podría buscar en todos lados. Esto ha llevado a la interpretosis en ciertos ámbitos, que hace de ‘lo latente’ las joyas inconscientes que hay que encontrar. Suponer que hay algo latente detrás de lo manifiesto, lleva a un peligroso callejón de tinieblas que Lacan nos muestra mediante una metáfora:

El retorno a las tinieblas que damos por descontado en este momento da la señal de una murder party iniciada por la prohibición de que nadie salga, puesto que

cada uno desde ese momento puede esconder la verdad bajo sus ropas.
(1956/2008, p. 388)

No nos hemos alejado, lector. Estamos en el centro de nuestro asunto. Hemos estado pensando las consecuencias en la técnica psicoanalítica que tienen las diferentes lecturas de este aforismo freudiano. Si recordamos la lectura que hace Hartmann desde aquella analogía territorial, donde de lo que se trata es de que el Yo le gane terreno al Ello, todo lo que Lacan dice aquí se contrapone punto por punto.

Pero Lacan no va a dejar fuera este aforismo, ya que es palabra de Freud. Y Lacan, todavía en estas épocas, raramente va a contradecir a Freud. O mejor dicho, rara vez va a decir que está contradiciendo a Freud. Particularmente con este aforismo, para no contradecirlo, tendrá que hacer con él, como lo ha dicho Jameson, verdaderas contorsiones. (Jameson, 2010, p. 495)

Estábamos en el escrito La cosa freudiana. (Lacan, 1956/2008). Sigamos allí. La guerra hermenéutica (Marinas, 2004) de Lacan en la disputa de este aforismo comienza al decir que cuando Freud escribe “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) no coloca el artículo neutro ‘das’.

Freud no dijo: das Es, ni das Ich, como lo hace habitualmente para designar estas instancias donde había ordenado desde hacía entonces diez años su nueva tópica, y esto, dado el rigor inflexible de su estilo, da a su empleo en esta sentencia un acento particular. (Lacan, 1956/2008, p. 394)

La exégesis parece forzada. De hecho, si bien en alemán lo correcto, en principio, es colocar los artículos antes de los sustantivos, no por que los artículos no estén, dejan de ser sustantivos. Por ejemplo, si dijéramos ‘Wo Krieg war, soll Frieden werden’, es decir: ‘Donde había guerra, debe haber paz’, no utilizamos los artículos ‘der’ que correspondería anteceder tanto a Kriegen como a Frieden, y no por eso Guerra y Paz dejan de ser sustantivos. Es diferente en el caso de Ich y Es, porque de todas formas podrían ser pronombres y no sustantivos. Pero en alemán, los pronombres en mitad de la oración no van con mayúscula, y los sustantivos sí. Y Freud escribe, cotejando con la versión original scaneada de la primera impresión de la Conferencia 31 donde se encuentra este aforismo: “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) es decir, sin artículo, pero con mayúscula.

Pero tomemos seriamente a Lacan. Si hace estos esfuerzos de interpretación, es para orientar el aforismo hacia otro lado. Entonces, para leer a Lacan, veamos hacia donde apunta: si Freud no se refiere a las instancias de la segunda tópica al escribir Ich y Es, ¿a qué se refiere? No teniendo una respuesta para esta pregunta, recurramos al psicoanalista lacaniano Fernando Canale, quien le dedica un excelente artículo a este aforismo. Allí nos dice que

Si Ello no aparece como una instancia, es evidente que debe ser interpretado como un pronombre en género neutro. Es decir, lo que no es ni masculino ni femenino, lo que no tiene número, lo que no puede ser delimitado y que solamente se señala sin que por esto permita que pierda su carácter inquietante e inefable. (...) si decimos 'Ello viene' o 'Ello está llegando' generamos en nuestro interlocutor un carácter inquietante y ominoso (*Un-heimlich*) en la imposibilidad de saber con certeza a qué nos estamos refiriendo. Y es este punto el que Lacan acentúa ante las traducciones francesa e inglesa; punto de un no saber radical que nos enfrenta con una dimensión distinta a lo calculable y lo exacto. (Canale, 2014)

Canale escribe diciendo que 'debe ser interpretado' de la forma que el propone, que Lacan impuso. Allí es donde las guerras hermenéuticas (Marinas, 2007) pasan a ser guerras exegéticas. Nosotros podemos pensar que para conservar la especificidad de psicoanálisis, ante las lecturas que hacen de Freud un psicólogo, e incluso un psicopatólogo (empezamos diciendo el Yo debe ser fuerte, luego decimos que el Yo debe desplazar al Ello, luego decimos que un Yo débil no puede hacerlo, y por lo tanto no es sano. Hemos sentado las bases, no sólo de una psicología, sino de una de una psicopatología) es preferible leer este aforismo como lo hace Lacan.

Al comienzo de *La cosa freudiana*, el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis (Lacan, 1956/2008) dejó escrito que "las cosas han llegado hasta el punto de que la consigna de un retorno a Freud significa una inversión" (1956/2008, p. 380)

Y ciertamente, es una inversión lo que parece hacer Lacan cuando propone su formulación en francés. Invierte el "Where id was, there the ego shall be" (Freud, 1933/1953, p.79) de la versión inglesa y el "Le moi doit déloger le ça" (Lacan, 1956/2008, p.394) de la traducción francesa, escribiendo: "Là où c'était, peut-on dire, là où s'étaient, voudrions-nous faire qu'on entendit, c'est mon devoir que je vienne à être." (Lacan, 1956/1966, p. 417-8)

En la versión en español se dice “Allí donde ‘ello’ era (*c’était*), puede decirse, allí donde ‘se era’ (*s’était*), quisiéramos hacer entender, mi deber es que yo venga a ser” (Lacan, 1956/2008, p. 394). Lacan juega con la homofonía de *c’était* y *s’était* para hacer un movimiento interpretativo, alejándose lo más posible de ‘Le Ça’ (el Ello) que aún podría forzarse una lectura para allí en ese *c’était*. Lacan prefiere el ‘*s’était*’, *se era*, alejado ya en el plano del sentido y del significante, de cualquier reminiscencia de el Ello como instancia. Leer y no escuchar, ya que estamos en un escrito.

Otra es la lectura que hace en el Seminario 2 (Lacan, 1954/2014), en la clase del 25 de mayo de 1955, sólo cinco meses antes de pronunciar la conferencia en base a la cual luego escribió *La cosa freudiana* (Lacan, 1956/2008). Dos interpretaciones diferentes del mismo autor (orador, deberíamos decir) con solo cinco meses entre ellas.

A la frase de Freud, *Wo Es war, soll Ich werden*, puede dársele dos sentidos. Tomen ese Es como la letra S. Allí está, siempre está allí. Es el sujeto. Se conoce o no se conoce. Esto ni siquiera es lo más importante: tiene o no tiene la palabra. Al final del análisis es él quien debe tener la palabra, y entrar en relación con los verdaderos Otros. Ahí donde S estaba, ahí el Ich debe estar. (Lacan, 1954/2014, p. 370)

¿Dónde estaba el S? Allí en el lugar de lo no escuchado, de lo desconocido. Debemos entonces, desconocer al Yo. Desconocerlo en su centralidad, en su lugar de síntesis. Que pase a estar en el lugar particular que en su retorno a Freud, Lacan quiere, como hemos dicho, colocarlo: en el lugar del “espejismo, como una suma de identificaciones. El yo se sitúa, indudablemente, en el muy pobre punto de síntesis al que el sujeto es reducido cuando se presenta a sí mismo.” (Lacan, 1954/204, p. 313)

En esta lectura de Lacan, cuando Freud dice Es, y dice Ich, sí se refiere a las instancias psíquicas de la segunda tópica. Este modo de operar de Lacan, sin demasiados problemas al contradiciéndose a sí mismo, quedará explicitado en su seminario de la angustia, cuando diga: “tomo lo que me conviene allí donde lo encuentro, le moleste a quien le moleste.” (Lacan, 1962/2013, p. 20)

Repasemos aún algunos lugares más donde Lacan retoma este aforismo. La interpretación lacaniana de este aforismo llega a su extremo cuando le pide a su auditorio que homologue el Ich del aforismo, con el sujeto:

Permítanme volver a añadir, enchaparle, este matiz sobre el Wo es war alemán que no lo implica y agregar así la utilización renovada que se pueda dar al Wo es war soll ich werden, allí donde era, donde no es más que allí porque yo sé que lo pensé, soll ich werden. Acá el ich, hace lago tiempo que lo subrayé, sólo puede traducirse por 'el sujeto'. El sujeto debe advenir. (Lacan, 1967, p. 53)

Nueva inversión, que demuestra que con Lacan no se puede intentar armar un sistema. Hay que leerlo y entender qué está intentando decir en cada ocasión, en cada seminario, en cada sesión. A dónde apunta. Lo que está en juego aquí, se aclara en el párrafo siguiente:

Allí donde era, traduzcamos 'debo devenir', continúen 'psicoanalista', sólo que por obra de la cuestión que propuse a propósito de ese ich traducido por 'el sujeto' ¿cómo va a poder el psicoanalista encontrar su lugar en esta coyuntura? (Lacan, 1967, p. 53)

Similar es la vuelta que hace dos años más tarde, en el contexto del estudio de los discursos. Allí dirá:

Al analista, y sólo a él, se dirige esa fórmula que he comentado tan a menudo, Wo Es war, soll Ich werden. (...) Es ahí donde el plus de goce, el gozar del otro, adonde yo, en tanto profiero el acto psicoanalítico, debo llegar. (Lacan, 1969/2013, p. 56)

Tenemos que detenernos aquí. Lacan ha transformado tanto este aforismo en su interpretación, digámoslo de una vez, ya no es un aforismo de fin de análisis. Este aforismo pasa a ser para Lacan una pista para buscar el lugar que el psicoanalista debe ocupar en un análisis. Más que un aforismo de fin de análisis, es para Lacan, a estas alturas de este seminario, un aforismo de entrada en análisis. Qué lugar debe ocupar el analista para que lo que suceda allí sea psicoanálisis. Cual es el fin, el objetivo, no del análisis, sino del acto del psicoanalista.

Volvamos al fin de análisis. Dejemos por ahora a Lacan, y pasemos a dos autores que retomando al psicoanalista francés, dirán sí sobre este aforismo, y sobre el fin de análisis.

Castoriadis: otra relación con el Otro.

Cornelius Castoriadis, nacido en la Constantinopla del último año del imperio otomano, antes de que sea Estambul. Exiliado en Grecia desde su infancia y, aunque vivió en Francia desde 1945 y publicó sus libros en Francés, no se libró de ser conocido como filósofo griego, ateniense (¡qué responsabilidad!) del siglo XX. Estudioso de Freud y de Lacan, dedicó los últimos años 20 años de su vida a la clínica psicoanalítica. Tomaremos aquí la lectura que hace del aforismo freudiano, releyendo a Lacan, en el libro que sería acaso su obra cumbre, dos años antes de su fallecimiento: *La institución imaginaria de la sociedad*. (Castoriadis, 1975/2013)

Dijimos que Lacan reinterpreta este aforismo de tal modo, que deja de ser un aforismo de fin de análisis. Castoriadis, utilizando a Lacan, relee a Freud de tal modo que podemos volver a pensarlo como orientador de un final. Apenas comienza a leer el aforismo, Castoriadis dice:

Una interpretación de la frase se hace enseguida necesaria. Tengo que tomar el lugar del Ello -lo cual no puede significar ni la supresión de las pulsiones, ni la eliminación o la reabsorción del inconsciente. Se trata de tomar su lugar en tanto que instancia de decisión. La autonomía sería dominio del consciente sobre el inconsciente. (Castoriadis, 1975/2013, p. 161)

Castoriadis lee este aforismo, buscando en él la fórmula que exprese, en el plano del caso a caso (luego pasará al plano social), el paso de la alienación a la autonomía, dentro de su proyecto revolucionario en lo social de auto-transformación de la sociedad a través del interjuego entre lo instituido y lo instituyente en el imaginario social. En el contexto de este trabajo, nos servimos de la lectura que hace como psicoanalista que es, allí en el caso a caso, de este aforismo. Nos dice, entonces, que es necesario interpretar a Freud.

Castoriadis plantea el aforismo freudiano, originalmente en el marco de la segunda tópica, en términos de la primera. Movimiento lacaniano, si los hay, que resuena con aquella otra formulación de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1986) que mencionamos en las primeras páginas, que bien podría haberse convertido en un

aforismo freudiano: “la psicoterapia no puede emprender otro camino que el de someter el lcc al imperio del Prcc.” (1900/1986, p. 562) ¿Y cuál es ese imperio del Prcc? ¿Acaso existe un imperio, es decir, un emperador del preconscious que pueda imponer su ley al inconsciente? ¿cuál es la ley del preconscious? Castoriadis continúa:

Si a la autonomía, a la legislación o a la regulación por sí misma se opone la heteronomía, a la legislación o a la regulación por otro, la autonomía es mi ley, opuesta a la regulación por otro, la autonomía es mi ley, opuesta a la regulación por el inconsciente que es una ley otra, la ley de otro que yo.

¿En qué sentido puede decirse que la regulación por el inconsciente es la ley del otro? ¿de qué otro se trata? De otro literalmente, no de ‘otro Yo’ desconocido, sino de otro *en* [resaltado en el original] mí. Como dice Jacques Lacan, ‘ el inconsciente es el discurso del Otro’ (1975/2013, p. 162)

¿Y es acaso posible ser autónomo de este discurso del Otro que es el inconsciente? Ya vimos que este era, en otra terminología, el discurso de Hartmann. El Ello debería perder territorio a los pies del Yo, se deberían aumentar y optimizar las funciones de la esfera libre de conflictos del Yo, para que el Ello perdiera la fuerza, podemos decir aquí, para que no imponga su ley. Castoriadis, que estaría dentro de los que modos de leer este aforismo que Marinas ubica como más avisados “sobre los excesos o las derivaciones de la interpretación yoística” (Marinas, 2004, p. 258). apunta a otro lado. La autonomía, que es lo deseable en el fin de análisis para él, es “mi discurso debe tomar el lugar del discurso del Otro.” (Castoriadis, 1975/2013, p. 162)

“Un discurso que es mío es un discurso que ha negado el discurso del Otro; que lo ha negado, no necesariamente en su contenido, sino en tanto que es discurso del Otro; dicho de otra manera, que, explicitando a la vez el origen y el sentido de este discurso, lo negó o afirmó con conocimiento de causa, remitiendo su sentido a lo que se constituye como la verdad propia del sujeto, como mi propia verdad.

Pero este planteo no satisface al autor. Caeríamos en un planteo similar al de Hartmann, al plantearnos un objetivo inalcanzable. Hartmann se planteaba el horizonte de la racionalización total, sabiendo que no era alcanzable, pero de todas formas era el objetivo. Castoriadis dice esto de su propio planteo:

Si el adagio de Freud, según esta interpretación, fuese tomado absolutamente, propondría un objetivo inaccesible. Jamás mi discurso será íntegramente mío en el sentido definido más arriba. (:..) Así pues, en la medida en que no se quiera hacer de la máxima de Freud una simple idea reguladora definida por referencia a un estado imprevisible -y, por tanto, a una nueva mistificación- puede dársele otro sentido. Debe ser comprendida no como remitida a un estado acabado (...) no consiste en una 'toma de conciencia' efectuada para siempre, sino en *otra relación* entre consciente e inconsciente (...) en *otra actitud* del sujeto respecto a sí mismo. (Castoriadis, 1975/2013, p. 165)

Y cuál es la relación que debe darse al final del análisis, también nos lo dice: "Un sujeto autónomo es aquél que se sabe con fundamentos suficientes para afirmar: esto es efectivamente verdad, y: esto es efectivamente mi deseo." (Castoriadis, 1975/2013, p. 166) Una verdad que no es una verdad absoluta, sino que "es siempre la participación en una verdad que le supera, que crea raíces y que lo arraiga finalmente en la sociedad y en la historia, incluso en el momento en el que el sujeto realiza su autonomía." (Castoriadis, 1975/2013, p. 169)

Curioso es encontrar en Castoriadis la inversión del aforismo freudiano, nueva inversión, no presente en las tantas que construyó Lacan:

¡Cuán poco se trata, en todo esto, de una toma del poder de la conciencia en sentido estricto! Lo muestra el hecho de que podría completarse la proposición de Freud por su inversa: allí donde Yo soy, el Ello debe surgir (Wo Ich bin, soll Es ausftauchen). (Castoriadis, 1975/2013, p. 166)

Tal vez sea otra forma de responder a la pregunta que Lacan se había formulado años antes: "¿quién habla?" (1956/2008, p. 388). Esa nueva relación que propone Castoriadis podría ser: que el analizante pueda escuchar a ese *Otro en él*, que habla.

Consideraciones finales.

"Confesaré ahora que no me gusta demasiado el 'Wo Es war, soll Ich werden'". (Allouch, 2009, p. 72) Así comienza Jean Allouch, una sección de su libro *Contra la*

eternidad publicado en el año 2009, que titula “Ética del objeto a” (2009, p. 72). Psicoanalista francés contemporáneo nacido en 1939, miembro de l’École lacanienne de psychanalyse. Es uno de aquellos que fueron, a la vez, *habitué* de los seminarios de Lacan, y de su diván.

Finalmente encontramos a un psicoanalista que en el momento de comenzar a hablar, enuncia que algo en Freud no le gusta. ¿No es acaso lo que se lee entre las líneas de Lacan cada vez que retoma este aforismo? Tomamos a Allouch como puntapié para avanzar hacia un final de este Trabajo Final de Grado. A Allouch, el “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234) no le gusta; prefiere un verso de Victor Hugo:

Si de alguna manera hace falta un mandato, preferimos un verso (...) del querido Hugo, que en El fin de Satán escribe: ‘no tiren lo que no ha caído’. Es cierto para todo, para el amor, para coger, para el fin del análisis (interrumpir intempestivamente un análisis es tirar lo que no ha caído), para una obra en curso de realización, para el duelo, *and so on*. (...) Ofrece la notable ventaja respecto al ‘Wo Es war, soll Ich werden’ de que no exige nada positivo. Se trata en este caso de una ética negativa, la única imaginable si basamos una ética en el objeto a, vale decir, en el deseante. (Allouch, 2009, p. 73)

Aquí no nos hemos basado en una ética del objeto a, sino en el aforismo freudiano. Hemos hecho un recorrido de diferentes lecturas que han hecho autores como Hartmann, Balint, Lacan y Castoriadis. Allouch prefiere un verso de Hugo, y podría pasar a ser un aforismo si la comunidad psicoanalítica lo tomara y le diera un lugar privilegiado en el imaginario psicoanalítico.

El que hemos trabajado aquí no es el único aforismo de fin de análisis. Incluso, los hay de autores que hemos leído aquí. Podríamos nombrar uno de Lacan, donde establece el fin de análisis es la identificación con el síntoma, o el “savoir faire ahí con el propio síntoma.” (Lacan, 1976/2013, p. 21) También Allouch produjo una frase que tendría un porvenir de repeticiones, cuando en una entrevista sobre la salud mental dice un aforismo con ecos lacanianos: “La salud mental (...) es pasar a otra cosa.” (Allouch, 1993, p. 9)

Hay uno que tal vez el lector cercano a la enseñanza de Lacan está esperando: el fin de análisis como la identificación del paciente con el psicoanalista, aforismo clásicamente asociado a Balint. Lacan, desde sus primeros hasta sus últimos escritos y seminarios, atacó a Michael Balint por esta postura. De hecho, el que escribe se acercó a

Balint, en primera instancia, buscando ese aforismo. Discúlpese al que escribe, pero aquí debo expresarme en primera persona: esperé hasta el último día antes de imprimir este documento para encontrar esas palabras en Balint. Recorrí todos sus textos disponibles en inglés y español, tanto en bibliotecas como en internet. Felizmente, encontré a Colette Soler, que avala mis sospechas:

no hay un solo texto de Balint donde éste enuncie que el fin del análisis tal como lo ha descrito deba terminar mediante una identificación con el analista. (...) Es más, hay que decir que criticó explícitamente el fin por identificación con el analista. (Soler, 2007, p.42)

Ante esto, la autora se va a preguntar cómo es posible que Lacan haya tomado a este autor por paradigma de un fin de análisis, siendo que explícitamente se lo atribuye en tantos pasajes. (Soler, 2007) Enseguida va a dar una respuesta “Hay un hilo de Ariadna a encontrar y si lo busco es porque considero que Lacan es el crítico más grande de la historia del psicoanálisis. (...) No se entendería por qué con Balint habría hecho una excepción” (Soler, 2007, p. 43) y va a dedicar las siguientes páginas de éste capítulo de su excelente libro a buscar el hilo de Ariadna que tapa toda posibilidad de que al maestro le aparezcan fallas. ¿Lacan no engaña? ¿Lacan no se equivoca?

Aquí hemos girado sobre esas seis palabras de Freud: “Wo Es war, soll Ich werden” (Freud, 1933/1934, p. 234), buscando desarticular las interpretaciones dogmáticas. Para ello, nos hemos detenido en lo desigual, en las diferentes posturas incluso en la obra de un mismo autor, como vimos en la sección dedicada a Jacques Lacan.

Acaso sea necesario, al final, repensar por qué hemos elegido esta estrategia, que podría haber sido otra. Tomemos como ejemplo las diferentes y no compatibles posiciones de Lacan. Ojalá el lector no haya sentido que se trata aquí de ser el fiscal moralista de la coherencia sostenida. Si mostramos diferentes posiciones de un mismo autor es porque entendemos que en esas contradicciones es donde el dogma se desarma, la personalidad del maestro se humaniza, y podemos empezar a leerlo de otro modo. Si el maestro no dice siempre lo mismo, el dogma no se constituye y entonces, tenemos que posicionarnos nosotros ahí, como lectores, como analistas o aprendices.

Por ejemplo, ya en el Seminario 1 Lacan había dicho que en las teorías de los que llama la troika americana, (Loweinstein, Kris y Hartmann) “la función del yo desempeña,

cada vez más, ese papel problemático que ya tiene en los escritos del tercer período de Freud.” (Lacan, 1953/2013, p. 244) y un año más tarde nos dice:

el retorno al yo como centro y común medida no está implicado en absoluto en el discurso de Freud. Incluso es lo contrario: cuanto más avanza su discurso, cuanto más lo seguimos en la tercera etapa de su obra, más nos muestra al yo como un espejismo, como suma de identificaciones. (Lacan, 1954/2014, p. 313)

Hay aquí una tensión. Y no se trata tanto de decidir entre una y otra opción, ni de hacerlas coincidir con un hilo de Ariadna. Se trata de abrir sentidos y explorar este ámbito que es el fin de análisis, a través de las diferencias allí donde se encuentren. Es buscar grietas en ese paredón de lo igual. Es el movimiento novedoso que realiza Castoriadis, al verse en la caverna de Platón:

Pensar no consiste en salir de la caverna, ni reemplazar la incertidumbre de las sombras por los contornos recortados de las cosas mismas, la claridad vacilante de una llama por la luz del verdadero sol. Consiste en entrar en el Laberinto. Consiste en perderse en galerías que sólo existen en la medida en que las cavamos incansablemente, en girar en círculos en el fondo de un callejón sin salida cuyo acceso se ha cerrado detrás de nuestros pasos, hasta que esta rotación abre, inexplicablemente, figuras transitables en la pared. (Castoriadis, 2001, p. 7)

Nosotros podríamos decir, no es encontrar el verdadero fin de análisis, o el verdadero fin de análisis para un Freud luminoso, sino buscar esas fisuras que nos muestran alguna tenue luz diferente. Si “son las mismas paredes de la ciudad educan a los niños y a los ciudadanos” (Castoriadis, 2001, p. 209), busquemos las rajaduras de esas paredes que nos han educado, de las que cada tanto vuelve a decirse que no las tienen¹¹. Lejos de ser un desvío, este movimiento es un giro al centro de este trabajo.

¿Podemos conformarnos con alguna fórmula de fin de análisis? Si seguimos a Allouch (2009), deberíamos decir que cualquier formulación en un sentido positivo, es

¹¹ Para que no se crea que sigo refiriéndome a Soler, sino identificando una cierta forma de leer a Lacan que ya es tradición, agrego una anécdota: hace apenas unas semanas escuché a un psicoanalista argentino, que fue presentado como renombrado, decir frente a un numeroso e instruido auditorio: ‘Lacan no se equivoca’. Nadie pareció alarmarse.

decir, una fórmula que exija al analista que algo debe cumplirse, instala un mandato que, aunque se expresara en términos metapsicológicos, no dejaría de tener efectos moralistas en el analista.

¿Qué hacer entonces, con los aforismos?

Tal vez sea inteligente recurrir, para finalizar, al poeta y bibliotecólogo argentino Roberto Juarroz. Específicamente a un artículo que le dedica a su maestro, el poeta aforístico italo-argentino Antonio Porchia. Allí nos dice, en la misma línea de lo que vimos de Barthes páginas más arriba, que la escritura fragmentaria

desconfía de la abundancia o el exceso de palabras y cree que algunas cosas, tal vez las más plenas, sólo pueden ser captadas enunciándolas sin mayor desarrollo, explicación, discurso o comentario. Supone que únicamente esa vía estrecha logra capturar la instantaneidad del pensar, de la visión creadora o de la iluminación mística, al no traicionar la momentaneidad quebradiza del fluir temporal. (Juarroz, 1982, p. 2)

Hay aquí el enaltecimiento del aforismo, de la iluminación repentina. Sin embargo, y esto es lo que nos interesa aquí, nos advierte: “su peligro es caer en la fórmula o la sentencia apodíctica y fácil.” (Juarroz, 1982, p. 2)

Las nociones en psicoanálisis corren el riesgo de ser transformadas en aforismos apodícticos, lo que nos aleja de la posibilidad de repensar críticamente nuestras teorías, nuestras prácticas, nuestros supuestos.

Referencias bibliográficas.

- Allouch, J. (1993) *Letra por letra*. Buenos Aires: Edelp.
- Balint, M. (1953) *Primary love and psycho-analytic technique*. New York: Liveright Pub. Corp.
- Barthes, R. (1999) *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Barthes, R. (2013) *El grano de la voz. Entrevistas 1962-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Bleichmar, N. & Leiberman, C. (1989) *El psicoanálisis después de Freud*. Teoría y clínica. México: Paidós.
- Castoriadis, C. (2001) *Figuras de lo pensable. Las encrucijadas del laberinto VI*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2013) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1975)
- Freud, A (1961) *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1936)
- Freud, S. (1900) *Die Traumdeutung*. Recuperado de <https://archive.org/details/CollectionOfTheInternationalPsychoanalyticUniversityBerlin>
- Freud, S. (1934) XXIII Vorlesung. Die Zerlegung der psychischen Persönlichkeit. En *Gesammelte Schriften*. (Vol. 12, pp. 210-234). Recuperado de <https://archive.org/details/CollectionOfTheInternationalPsychoanalyticUniversityBerlin> (Trabajo original publicado en 1933)
- Freud, S. (1937) Die endliche und die unendliche Analyse. *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, 23, pp. 209-240. Recuperado de <https://archive.org/details/CollectionOfTheInternationalPsychoanalyticUniversityBerlin>
- Freud, S. (1953) New lectures on psychoanalysis. En J. Strachey (Trad.) *The Standard Edition of the Complete Works of Sigmund Freud*. London: Hogarth Press. (Trabajo original publicado en 1933)
- Freud, S. (1986) La interpretación de los sueños. En J.L. Etcheverry (Trad.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vols. 4-5, pp. 1-611) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1986) Dos artículos de enciclopedia: 'Psicoanálisis' y 'Teoría de la libido'. En J.L. Etcheverry (Trad.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 227-253) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1922)

- Freud, S. (1986) El yo y el ello. En J.L. Etcheverry (Trad.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 1-65) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1986) Conferencia 31a . La descomposición psíquica de la personalidad. En J.L. Etcheverry (Trad.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22, pp.53-74) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1933)
- Freud, S. (1986) Análisis terminable e interminable. En J.L. Etcheverry (Trad.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 211-253) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1937)
- García, A. & Huerta, J. (1992) *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra.
- Harari, R. (1993). ¿Cuándo, cómo y por qué termina un análisis?. En *¿De qué trata la clínica lacaniana?* (pp. 167-179). Buenos Aires: Ed. Catálogos.
- Hartmann, H. (1987) *La psicología del yo y el problema de la adaptación*. Ed. Paidós: Buenos Aires.
- Isacovich, L. (s/f) “*Wo Es war, soll Ich werden*”. Recuperado de <http://tiempopsicoanalisis.com.ar/index.php/textos/>
- Jameson, F. (2010) Lacan y la dialéctica: un fragmento. En S. Zizek (Ed.), *Lacan. Los interlocutores mudos*. (pp. 475-515). Buenos Aires: Ed. Akal.
- Juarroz, R. (1982) Antonio Porchia: el apogeo del aforismo. *Revista de la Universidad de México*, 16 (Nueva época), 2-4. Recuperado de: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/vcompleta.php?publicacion=559>
- Juarroz, R. (1993) *Poesía Vertical 1983/1993*. Buenos Aires: Emecé.
- Lacan, J. (2008) Función y campo de la palabra y el lenguaje y el lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos* (Vol. I, pp. 231-309) México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1953)
- Lacan, J. (1966) La chose freudienne, ou le sens du retour à Freud en psychanalyse. En *Écrits*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1956)
- Lacan, J. (2008) La cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En *Escritos* (Vol. I, pp. 379-410) México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1956)
- Lacan, J. (1991) La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos* (Vol.II pp. 565- 626) México: Siglo XXI. (Coloquio Royaumont 1958)
- Lacan, J. (2014) Seminario 2 El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1954- 1955). En *Lacan El Seminario*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013) Seminario 10 La angustia (1962-1963). En *Lacan el Seminario*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1967) *Seminario 15 El acto psicoanalítico*. Inédito.
- Lacan, J. (2013) Seminario 17 El reverso del psicoanálisis (1969-1970). En *Lacan el Seminario*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013) *El fracaso del Un-desliz es el amor. A la manera del seminario oral de Jacques Lacan. (1976-1977)*. Buenos Aires: Artefactos.
- Laplanche, J & Pontalis, J. B. (1996) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Marinas, J. (2004) *La ciudad y la esfinge*. Ed. Síntesis: Madrid.
- Real Academia Española (2014) *Diccionario de la lengua española. 23ª Edición*. Recuperado de: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>
- Rodriguez, L. & Gloria, I. (2012) ¿"El fin justifica los medios"? *Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*, 45, 3. Recuperado de <http://www.redalyc.org/>
- Soler, C. (2007) *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Yildiz, Ismael (2007) Psicología del Yo, Klein y postkleinianos y el grupo "independiente". *Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, 19(1), 56-88. Recuperado de <http://psicoanalistaiyildiz.com/>